



**HAL**  
open science

## ¿Sociólogo de la dominación? La cuestión del trabajo en la obra de Pierre Bourdieu

Maxime Quijoux

► **To cite this version:**

Maxime Quijoux. ¿Sociólogo de la dominación? La cuestión del trabajo en la obra de Pierre Bourdieu. Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo, 2017. halshs-01903696

**HAL Id: halshs-01903696**

**<https://shs.hal.science/halshs-01903696>**

Submitted on 8 Nov 2018

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## ¿Sociólogo de la dominación? La cuestión del trabajo en la obra de Pierre Bourdieu

Maxime Quijoux\*

### Resumen

A pesar de su reconocimiento internacional, la sociología de Pierre Bourdieu no ha dejado de suscitar las mismas controversias desde hace cuarenta años: sus principales conceptos adolecerían de sesgos deterministas que ocultarían la capacidad de los actores para pensar y actuar autónomamente en relación con su socialización primaria. El medio social de origen, la escuela y el Estado convergerían en la producción de agentes vinculados a su posición social a través de su *habitus*, legitimando y participando así en la reproducción y los mecanismos de dominación de la sociedad. Sin embargo, estos debates ignoran el papel que dedica Bourdieu al trabajo y al empleo, cuando no se equivocan. Mientras que la contribución del sociólogo se reduce a menudo a una nueva demostración de dominación, un examen cuidadoso de toda su obra revela que el trabajo es un punto de inflexión teórico: si bien constituye un espacio en el que la explotación económica y la violencia simbólica están interrelacionadas, el asalariado también representa un apoyo capaz –y único– de que los agentes tengan otra relación con su destino social; y, por lo tanto, ofrece, a diferencia de la escuela y de la cultura, las condiciones para una verdadera emancipación.

PALABRAS CLAVES BOURDIEU DOMINACIÓN TRABAJO HABITUS EMANCIPACIÓN

Abstract: Despite its international stature, Pierre Bourdieu's sociology has been the subject of constant controversy for forty years: its main concepts are said to suffer from deterministic biases that obscure the ability of actors to think and act autonomously in relation to their primary socialization. Social environment of origin, school and State would converge in the production of agents attached to their social position through their *habitus*,

---

\* Maxime Quijoux es Sociólogo, Investigador del CNRS y miembro del laboratorio Professions, Institutions, Temporalités (PRINTEMPS) en la Universidad Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines, Francia. Se dedica a la sociología de la socialización, de la acción colectiva y de la democracia en el trabajo.

thus legitimizing and participating in the reproduction of society and the mechanisms of domination. Yet these debates ignore Bourdieu's role in work and employment, if they are not mistaken. While the sociologist's contribution is still often reduced here to another demonstration of domination, a careful examination of his studies as a whole reveals that work constitutes a theoretical tipping point: while it constitutes a space in which economic exploitation and symbolic violence are articulated, wage labour also represents a support capable - and unique - for agents to have a different relationship to their social destiny and thus offers, unlike school and culture, the conditions for real emancipation.

Key words : Bourdieu, Domination, Work, Habitus, emancipation

**Résumé** En dépit de sa reconnaissance internationale, la sociologie de Pierre Bourdieu ne cesse de susciter les mêmes controverses depuis quarante ans : ses principaux concepts souffriraient de biais déterministes qui occulteraient les capacités des acteurs à penser et agir de façon autonome relativement à leur socialisation primaire. Le milieu social d'origine, l'école et l'État convergeraient dans la production d'agents attachés à leur position sociale par l'intermédiaire de leur *habitus*, légitimant et participant ce faisant à la reproduction de la société et aux mécanismes de domination qui en sont solidaires. Ces débats ignorent pourtant le rôle que consacre Bourdieu au travail et à l'emploi, quand ils ne s'y méprennent pas. Alors qu'on réduit souvent ici la contribution du sociologue à une énième démonstration de la domination, un examen attentif de l'ensemble de son œuvre révèle que le travail constitue un point de bascule théorique : s'il constitue un espace où s'articulent exploitation économique et violence symbolique, le salariat représente également un support capable – et unique- pour les agents d'avoir un autre rapport à leur destin social ; et offre ainsi, à la différence de l'école et de la culture, les conditions d'une réelle émancipation.

“Sus textos fascinan por sus análisis y atacan por su teoría” (Certeau de, 1990 : 94).  
Mientras que el debate en Francia sobre el legado de Pierre Bourdieu sigue suscitando

muchas controversias, a veces de manera virulenta (Joly, 2018), la fórmula de Michel de Certeau tiene la virtud de sintetizar en algunas palabras la ambivalencia que suscitan los conceptos del sociólogo: frente a todos aquellos para quienes Bourdieu produjo un efecto “sociológicamente” revelador (Mauger, 2005), se levanta una multitud de adversarios quienes, a pesar de su heterogeneidad disciplinaria o cronológica en su oposición, le hicieron a menudo las mismas críticas, ya sean personales –se le reprocha sus conductas verticales y de clan (Heinich, 2007)–, epistemológicas –algunas rechazan la confusión que supuestamente hace entre ciencia y política al fin de su vida (Lapeyronnie, 2004: 621-661)– o teóricas, acusando a su sociología de “dogmática” y “determinista”.

Entre todas esas reclamaciones que componen estas últimas críticas, una parte sustancial de sociólogos y filósofos se levanta, en efecto, en contra del rol débil, cuasi nulo, que su teoría del mundo social deja a las “potencialidades individuales”, postulando que las acciones de los agentes, incluso sus estrategias, son condicionadas por su historia social de clase hecha *habitus*, Bourdieu mostraría la incapacidad de analizar las propiedades constitutivas de la racionalidad de los actores, impidiendo así volver entendible sus posibilidades de acción. Esta crítica es quizá más fuerte cuando tiene que ver con los miembros que pertenecen a posiciones subalternas de la sociedad : al hacer de la desposesión cultural, la delegación política y la violencia simbólica las principales características de los "dominados", Bourdieu no solo ha despertado la desconfianza de los partidarios de las teorías del actor, sino que también ha llevado a algunos de sus colaboradores históricos a desaprobación análisis considerados demasiado simplistas, si no "miserabilistas" (Grignon y Passeron, 1989). En este sentido, incluso dieron lugar a la creación de una nueva escuela teórica, en la que el pensamiento de Bourdieu sigue muy vivo hoy en día (Boltanski y Thevenot, 1991; Boltanski, 2009; Barthe *et al.*, 2013 : 175-204).

Aunque en su mayor parte todavía no se ha estudiado suficientemente, tanto por sociólogos del trabajo como por partidarios de los “Bourdieu Studies”, la cuestión del trabajo en la obra de Bourdieu constituye un objeto paradigmático, en el sentido de que combina todas las propiedades de la dominación –y, por tanto, los escollos asociados a ella– y las condiciones de su superación: examinando sucesivamente la génesis y las formas que

toman estas dominaciones en el ámbito profesional, y luego los efectos sociales que el trabajo asalariado produce en los individuos, se puede constatar que, detrás de esta aparente paradoja, se esconde un análisis de Bourdieu desconocido e inesperado. Si bien puede ser una fuente obvia de explotación, el trabajo es, en realidad, el único espacio, a sus ojos, –sin comparación con la escuela o la familia, lugares de reproducción por antonomasia– que ofrece tanto las condiciones como las herramientas para una "racionalización" de la acción de los agentes. No es algo menor en un sociólogo como Bourdieu: en definitiva, él asigna al trabajo, mucho más que una función socializadora, un poder de transformación individual de lo social, que, en este sentido, constituye una institución determinante de nuestra civilización.

### **“La doble verdad del trabajo”**

El conocimiento que tenemos de los análisis del trabajo de Bourdieu se limita, a menudo, a un texto titulado “La double vérité du travail” (Bourdieu, 1996). Publicado por primera vez a mediados de los años noventa en un número doble sobre "Nuevas formas de dominación en el trabajo", fue reimpresso un año más tarde en *Méditations pascaliennes* (Bourdieu, 1997).

Con el don, el trabajo es un "caso" diseñado para ilustrar sus análisis de la violencia simbólica, constituyendo así un ejemplo emblemático. En unos pocos párrafos, Bourdieu pretende demostrar que el mundo profesional no es simplemente un lugar de explotación objetiva que se definiría solo por su dimensión económica. Después de Marx, nos invita a una "segunda inversión" (Ídem: 291) que consiste en sacar a la luz la "verdad subjetiva" del trabajo, es decir, la contrapartida simbólica de su esclavitud.

Encontramos aquí toda la ontología teórica de su sociología: el trabajo ha logrado hacer caso omiso de su verdad objetiva imponiendo un conjunto de satisfacciones personales y colectivas, "irreducibles a la simple renta en dinero, [que] forma parte de las condiciones reales para la realización del trabajo y la explotación" (Ídem: 291). Desde el interés en la tarea hasta las recompensas simbólicas ligadas a la profesión, desde la convivencia de los

colegas hasta la libertad de producir, todos estos "márgenes de libertad" y "beneficios" no son, como se suele pensar, formas de emancipación del trabajo, sino, por el contrario, todas las propiedades de la propia sumisión.

Para Bourdieu, todo lo que constituye "implicación en el trabajo" es una manifestación de su servilismo y falta de conocimiento: Los trabajadores pueden contribuir a su propia explotación a través del esfuerzo que realizan para apropiarse de su trabajo y que les atribuye a través de las a menudo diminutas y casi siempre "funcionales" libertades que se les dejan y bajo el efecto de la competencia derivada de las diferencias –en relación con los trabajadores cualificados, los inmigrantes, los jóvenes, las mujeres– que constituyen el espacio profesional que opera como campo (Ídem: 292).

Esta propensión a invertir en trabajo es, entonces, "[...] indudablemente tanto más importante cuanto que las expectativas colectivas puestas en el puesto están más en línea con las disposiciones de sus ocupantes" (Ídem: 293), aunque tampoco es necesario aislar las situaciones laborales más exigentes, como el trabajo en cadena. Porque, si posibilita cualquier acción contraproducente –disparo, sabotaje o sofoco–, el "margen de libertad" no impide "... la posibilidad de inversión en el trabajo y la auto-explotación" (Ídem: 293). Al contrario, paradójicamente, es porque se percibe como una conquista (por ejemplo, la libertad de fumar un cigarrillo, de moverse, etc.) o incluso un privilegio (concedido a los más antiguos o más calificados) que puede ayudar a enmascarar la restricción global que hace que valga el valor (Ídem: 294) y, en última instancia, contribuir a su servidumbre. Tanto más cuanto que los actores dominantes no dudan en promover esta "libertad de juego" a través de nuevas formas de supervisión participativa que explícitamente pretenden explotar esta disposición para hacer bien su trabajo.

En síntesis, para Bourdieu, no hay salvación en su obra, porque todo lo cercano o lejano relacionado con nichos o formas de libertad "[...] y que las teorías de la 'resistencia' se apresuran a celebrar, en una preocupación por la rehabilitación, como evidencia de creatividad" (Ídem: 294) es, en resumen, solo la expresión subterránea, poderosa y

renovada de la explotación capitalista. Esta "doble verdad del trabajo" no es nueva ni específica del capitalismo, ni mucho menos.

Para Bourdieu, las transacciones económicas son irreducibles únicamente en su dimensión material, ya que el conjunto de los intercambios humanos obedece a intereses específicos; incluso cuando dan todas las apariencias de desinterés porque escapan a la lógica del interés "económico" (en el sentido restringido) y se dirigen hacia intereses inmateriales y difícilmente cuantificables, como en las sociedades "precapitalistas" o en la esfera cultural de las sociedades capitalistas, las prácticas no dejan de obedecer a una lógica económica (Bourdieu, 1980: 209).

Si Bourdieu quiere demostrar que existe un "mercado de bienes simbólicos", compuesto por su propia lógica de ganancias y acumulación –como el campo artístico o científico–, ante todo busca poner de relieve la función de este mercado, sobre todo económico, en la perpetuación del orden social. Porque, para Bourdieu, no solo no es un don "gratuito", sino que, en muchos casos, es el instrumento que permite ocultar o legitimar intereses, sobre todo los más "lucrativos": "poseemos para dar", nos dice, "pero también poseemos dando". Un regalo que no es devuelto puede convertirse en una deuda, una obligación duradera (Ídem: 216). Don o deuda, participa, entonces, en la misma lógica esclavizadora :

[...] las obligaciones abiertamente económicas impuestas por el usurero, o las obligaciones morales y los vínculos emocionales creados y sostenidos por el don generoso, en definitiva, la violencia abierta o simbólica, la violencia censurada y eufemística, es decir, la violencia irreconocible y reconocida" (Ídem: 216-17).

En sociedades poco diferenciadas donde los vínculos "comunitarios" no permiten relaciones comerciales explícitas, la explotación de la mano de obra es casi imposible sin el ejercicio de esta "doble verdad". En ausencia de relaciones sociales y referencias capitalistas, la "producción de bienes o servicios no tiene sentido ni existencia específica y, al igual que la división sexual o generacional, es una de esas relaciones arbitrarias de explotación [transformadas] en relaciones duraderas porque se fundan en especie" (Ídem:

191). En las sociedades cabilas de los años sesenta, Bourdieu informa de muchas situaciones en las que el "capitalismo simbólico" no solo sustituye a la acumulación económica, sino que también contribuye a la explotación de una mano de obra sumisa. Así :

[...] la estrategia de acumular el capital de honor y prestigio [...] permite a las familias numerosas tener la máxima mano de obra durante el período de trabajo y, al mismo tiempo, reducir el consumo al mínimo; la contrapartida de estos servicios puntuales, limitados a períodos de emergencia, como la cosecha, es menos onerosa por cuanto que se prestará, ya sea en forma de trabajo, pero fuera del período de plena actividad, o en otras formas, como la protección, el préstamo de animales, etc., a cambio" (Ídem: 201).

Para Bourdieu, solo se puede ver aquí "... una forma disfrazada de compra de mano de obra o la extorsión clandestina de las tareas", que solamente es posible porque está bajo "... el disfraz de los *thiwizi*, la ayuda voluntaria, que también es una tarea, una tarea de voluntariado y ayuda forzada" (Ídem: 201), es decir, "bajo la doble verdad de prácticas intrínsecamente equivocadas y ambiguas" (Ídem: 201).

Como presuponen permanentemente una relación basada en la necesidad de una mano de obra estable y barata, las relaciones entre el pequeño terrateniente y su arrendatario –los *Khammes*– arrojan aún más luz sobre la naturaleza ambigua de esta doble verdad. Porque si tenía a su disposición un conjunto de medios coercitivos para retener a su "empleado" agrícola –como la toma de toda su cosecha–, al manifestar su rango, el maestro tenía interés en excluir de la relación “económica” cualquier garantía que no fuera la fidelidad exigida por el honor, tratando como asociado a su *khammes*, quien, por su parte, solo pedía entrar, con la complicidad de todo el grupo, en esta ficción interesada pero capaz de proporcionarle una representación honorable de su condición" (Ídem: 219-220).

En este contexto, la violencia simbólica aparece como un signo casi de debilidad por parte del dominante, sobre todo porque, a su vez, implica toda una obra "costosa" – porque es permanente– de encubrimiento de desigualdades económicas. Porque si el capital



"económico" actúa solo en la forma eufemística del capital simbólico, Bourdieu afirma que "esta conversión del capital, que es la condición para su eficacia, no es automática: requiere, además de un perfecto conocimiento de la lógica de la economía de la negación, de la incesante atención y de todo un montón de trabajo, que es esencial para establecer y mantener relaciones, y también inversiones importantes, tanto materiales como simbólicas" (Ídem: 221), ya sea la ayuda política contra la agresión, el robo, las ofensas o insultos, o la ayuda económica, que a menudo es muy costosa, especialmente en el caso de la hambruna (Ídem: 220), Sin embargo, todos estos esfuerzos seguirían siendo ineficaces si no fueran acompañados por "... la voluntad (sincera) de ofrecer estas cosas más personales, por lo tanto más preciosas que los bienes o el dinero, porque, como dicen, no pueden 'prestarse o tomar prestado', como el tiempo, el tiempo para hacer estas cosas 'que no se olvidan', porque se hacen bien, cuando es necesario –atenciones, gestos, bondad–" (Ídem: 221). En última instancia, en una economía de "mala fe", "si la autoridad se percibe siempre como una propiedad de la persona, es que la violencia suave requiere que la persona que la ejerce *se pague de su persona*" (Ídem: 221). Pagar de su persona o sea mancharse un poco de sangre. En otras palabras, donarse para extorsionar mejor el trabajo de los demás.

Desafiando tanto los tópicos populistas sobre las resistencias en el trabajo como los tópicos esencialistas sobre las solidaridades "mecánicas" de las sociedades no capitalistas, este análisis "simbólico" de la explotación de la mano de obra le ha llevado finalmente a superar el distrito rutinario de los objetos de la sociología del trabajo interesándose por el trabajo sacerdotal. Más que el de un artista, esta "profesión" es un caso típico de una empresa económica que necesita ser negada para existir mejor. La actividad sacerdotal se basa en "dos verdades: la económica y la religiosa, que la niega" (Bourdieu, 1994: 202) y, en este sentido, posee todas las propiedades de la violencia simbólica:

[...] la empresa religiosa es un emprendimiento con una dimensión económica que no puede confesarse como tal y que funciona en una especie de negación permanente de su dimensión económica: Hago un acto económico, pero no quiero saberlo; lo hago de tal manera que me puedo decir a mí mismo y a los demás que no

es un acto económico –y solo puedo ser creíble para los demás si yo mismo lo creo... (Ídem: 202-203).

[...] La explotación de la mano de obra se esconde aquí bajo la ropa de la filiación familiar [...] Transfigurándolo en relaciones de parentesco espiritual o de intercambio religioso ... el trabajo solo puede presentarse ... a través de la lógica del voluntariado [incluyendo] por parte de los empleados, agentes religiosos subordinados.

[Por ejemplo, los que limpian iglesias o mantienen y decoran altares (Ídem: 204-205)], para quienes la inversión se hace esencialmente en forma de un don de trabajo, una ofrenda voluntaria de dinero y tiempo (Ídem: 205).

Entonces, a partir de esta verdad subjetiva no solo permite que la explotación avance "enmascarada", sino que también descalifica cualquier intento de objetivar las actividades que sostienen a esta comunidad. Cuando la unión del personal laico de la Iglesia trató de definir las profesiones que representaba, chocó con la definición implícita de estas profesiones defendidas por los empleadores (es decir, los obispos que, por supuesto, rechazan esta designación). Las tareas sagradas son irreducibles a una codificación puramente económica y social: el sacristán no tiene "profesión"; realiza "un servicio divino" (Ídem: 203). Cualquier deseo de salario es desacreditado pues "... los actos religiosos son su fin en sí mismos y quien los realiza es recompensado por el hecho mismo de realizarlos" (Ídem: 206). En esta empresa donde lo único que vale la pena es "... el propósito religioso del trabajo" (Ídem: 205), "[...] los obispos responden que la paga es una palabra que no existe en este universo" (Ídem: 206)

Este ejemplo ofrece, entonces, mucho más que una visión sorprendente sobre las formas de dominación en un mundo laboral poco conocido: al destacar "las empresas (escuela, médicas, caritativas, etc.) que, operando sobre la lógica del voluntariado y la oferta, tienen una ventaja considerable en la competencia económica (entre estas ventajas, el efecto etiqueta...) [pero que] solo pueden beneficiarse de estas ventajas si se reproducen continuamente las condiciones de la ignorancia de su dimensión económica" (Ídem: 207),

Bourdieu destaca una forma de explotación que, como han demostrado especialmente las obras recientes (Hély. 2009; Simonet, 2010; Hély y Moulévrier, 2013), no ha dejado de desarrollarse en los últimos veinte años.

### **“El fin de un mundo”**

En la medida en que contribuye a la subordinación de las tareas o situaciones apremiantes, la "doble verdad" que caracteriza al trabajo no cesa nunca de ser una violencia "suave", a menudo imperceptible. Parece casi anecdótico al lado de las situaciones sociales y profesionales que Bourdieu relata tanto en Argelia como en Francia. Porque Bourdieu es tanto, si no menos, un sociólogo del trabajo que del empleo. Sus estudios de los asalariados argelinos le llevaron a darse cuenta muy pronto de los efectos económicos y "existenciales" –a menudo trágicos– de la inactividad sobre los trabajadores. Mucho antes de la "crisis" de los años setenta, que puso fin al pleno empleo, y de las primeras encuestas sobre las consecuencias del desempleo en Francia, Bourdieu informa con precisión sobre el alcance y la intensidad de la "desorganización sistemática del comportamiento, la actitud y las ideologías" (Bourdieu *et al*, 1964: 353) producidas por el no empleo o el subempleo.

En efecto, las privaciones y la inseguridad provocadas por estas últimas están perturbando las estructuras colectivas que regulaban estas sociedades –actividades agrícolas, estructuras patriarcales, economía de "buena fe"– sin permitir las condiciones necesarias para la "elaboración de un plan de vida racional" (Ídem: 356), obligándoles a concentrar todos sus esfuerzos en "satisfacer las necesidades inmediatas" (Ídem: 356). La inconstancia y los bajos ingresos impiden a estos hombres "elaborar un proyecto de vida, es decir, un sistema coherente y jerárquico de finalidades planificadas o proyectadas, abrazando en la unidad de una aprehensión la conducta presente y el futuro que trabaja para hacer realidad" (Ídem: 359). El desempleo, por lo tanto, no solo priva a los argelinos de los medios esenciales para alcanzar la inevitable marcha de la racionalización mundial, sino que los condena a la impotencia política impidiendo todos los poderes reflexivos y prospectivos. En efecto, "los sub-proletarios son miseria e indigencia, sufrimiento e infortunio: no están suficientemente alejados de su condición para constituirlos como objeto" (Ídem: 308). Aquí no hay media

medida o "doble verdad". Para el sociólogo, el desempleo sumerge al individuo en la "alienación absoluta [que] le priva de la conciencia misma de la alienación" (Ídem: 309) en el momento de la independencia del país.<sup>1</sup>

Treinta años más tarde, Bourdieu describe el creciente empobrecimiento de la clase obrera francesa casi en los mismos términos. En la *La misère du monde* (Bourdieu (dir.), 1993), las vidas que Bourdieu relata atestiguan la forma en que la desestabilización de un "cosmos" – esta vez trabajador– conduce a los mismos efectos sociales. En "La Rue des Jonquilles", por ejemplo, Bourdieu pinta un cuadro sociológico que nos recuerda a los campesinos cabilas "descampesinados" por la colonización francesa. Los habitantes de este barrio obrero, en manos de la desindustrialización, se presentan como "supervivientes de un inmenso desastre colectivo", ignorando todos los marcos económicos y temporales que estructuraron la vida individual y colectiva:

Con las fábricas, es su razón de ser la que ha desaparecido: entraron en ellas naturalmente, a menudo muy temprano, a partir de los 14 años, después del certificado escolar, en la continuidad de sus padres, y les asignaron naturalmente a sus hijos. Es también su pasado, y todo el mundo de las relaciones profesionales, que intentan perpetuar lo mejor que pueden, aprovechando cada oportunidad para reunirse en el café o en el supermercado, que es separado de su residencia por carreteras rápidas, donde pasan las mañanas charlando. Pero, sobre todo, es su futuro, la continuación y justificación de su pasado, el de sus hijos e hijas, que hoy están destinados a permanecer mucho tiempo en una escuela secundaria lo

---

1 Destacando la "madurez" política del pueblo argelino, quiere dejar claro que la verdadera revolución del país no podrá evitar la salarización de la sociedad argelina: "Al no poseer en la actualidad este mínimo de dominio que es condición para un esfuerzo deliberado y racional para apoderarse del futuro, todos estos hombres se entregan a un resentimiento incoherente en lugar de ser animados por una verdadera conciencia revolucionaria. [Bourdieu P., « De la guerre révolutionnaire à la révolution », in Bourdieu P. (coordonné par Yacine T.), *Esquisses Algériennes*, Le seuil, 2008. pp-118/119].

suficientemente eficiente como para desviarlos de la fábrica, sin poder ofrecerles nada más, la mayor parte del tiempo, que títulos devaluados, es decir, muy a menudo en esta región en crisis, la promesa del desempleo (Ídem: 22).

Aquí, una vez más, la "verdad subjetiva" del trabajo se ha ido erosionando bajo la verdad más objetiva y humillante. La descalificación profesional de "Monsieur Leblond" no hace más que ilustrar la desolación frente a esta depresión:

[...] el sueldo se redujo entre un 30 y un 40% ; [...] los equipos de trabajo se redujeron a veces a la mitad, como los suyos, de nueve a cuatro, [...] y esto para una producción constante o incluso incrementada; las restricciones y mayores controles para minimizar ausencias, incluso en caso de enfermedad [...]; sindicatos debilitados, en particular por la dificultad de movilizar a los trabajadores desencantados, que se consideran afortunados de tener un empleo...(Ídem: 22-24).

Todo lo que hasta ahora ha hecho del trabajo una fuente de equilibrio y seguridad, se está convirtiendo en un mundo desconcertante y peligroso. El texto que introduce la obra, "La Rue des Jonquilles", su universo y sus gentes, solo anuncia, entonces, toda una serie de retratos de obreros o empleados, que tienen en común encarnar "el fin de un mundo" (Ídem: 25), el colapso, más o menos lento, más o menos evidente, de un universo, ciertamente socialmente dividido, pero coherente y estructurante.

### **La igualdad imposible de la feminización del mundo del trabajo**

Como cualquier grupo estigmatizado, para Bourdieu las mujeres llevan un "coeficiente simbólico negativo" que "afecta negativamente a todo lo que son y hacen" (Bourdieu, 1998: 128). Este valor negativo tiene una consecuencia singular en el mundo del trabajo: la feminización que ha acompañado los cambios en el mercado laboral en los últimos treinta años no significa una mejora concomitante de la condición de la mujer en ese medio. Para Bourdieu, todo sucede como si su presencia descalificara invariablemente las tareas y los puestos de trabajo. Afirma: "Si las estadísticas muestran que los denominados oficios

cualificados tienen más probabilidades de ser masculinos que femeninos, mientras que el trabajo asignado a las mujeres es 'no cualificado', se debe en parte a que cualquier comercio, sea cual fuere, está de alguna manera matizado por el hecho de que lo realizan hombres (que, en este sentido, son todos, por definición, de calidad)"; e ilustra su argumento haciendo de un determinado sector un caso general: del mismo modo que el dominio más perfecto de la esgrima no podía abrir para un plebeyo las puertas de la nobleza de la espada, así también las teclistas, cuya entrada en el comercio del libro ha suscitado tremenda resistencia de los hombres, amenazados en su mitología profesional de trabajo altamente cualificado, no son reconocidas como haciendo el mismo *oficio* que sus compañeros varones, de los cuales están separados por una simple cortina, aunque hacen el mismo *trabajo* (Ídem: 87). Sin embargo, unas pocas páginas más tarde, reconoce que la situación de las mujeres está cambiando –más educación, menos trabajo doméstico, más trabajo remunerado, más divorcios, etc.– principalmente debido a dos factores: el acceso a la educación superior y el desarrollo concomitante de los asalariados y su extensión a la esfera pública (Ídem: 122).

Pero Bourdieu pone inmediatamente en perspectiva este cambio y subraya que, si bien las mujeres tienen cada vez más acceso al mundo del trabajo, siguen estando relegadas a "los puestos más bajos y precarios que se les reservan" (Ídem: 126), por ejemplo, en el servicio público. Agrega:

La mejor prueba de las incertidumbres sobre la condición de la mujer en el mercado laboral es, sin duda, el hecho de que siempre se les paga menos que a los hombres, todos ellos en igualdad de condiciones, y que obtienen puestos inferiores con las mismas cualificaciones, y, sobre todo, que se ven más afectados proporcionalmente por el desempleo y la inseguridad laboral, y que se ven más relegados a empleos a tiempo parcial, lo que, entre otras cosas, tiene el efecto de excluirlas casi infaliblemente de los juegos de poder y las perspectivas de carrera. Dado que están vinculadas al Estado social y a las posiciones "sociales" dentro del campo burocrático más vulnerable a las políticas de precariedad, todo permite predecir que serán las principales víctimas de la política neoliberal orientada a reducir la

dimensión social del Estado y promover la "desregulación" del mercado de trabajo”  
(Ídem: 128).

Casi veinte años después, solo podemos lamentar que los hechos le hayan dado la razón.

### **El asalariado como horizonte de emancipación**

Ante tales análisis del trabajo y de los trabajadores, viejos y constantes, Bourdieu bien podría ser culpado aquí cuando define a la clase obrera en términos estrictos de desposesión política y cultural. Esto sería equivocarse sobre una definición del trabajo que está lejos de ser reducido a su única “doble verdad” o a brillar solo por su ausencia. Por el contrario, el trabajo es inseparable de una dimensión profundamente estructuradora, que tal vez se expresa mejor si falta o aparece solo intermitentemente. Al analizar el sistema salarial argelino, Bourdieu mostró que, junto al océano de trabajos miserables, había formas marginales pero actuales de integración salarial. Lejos de ser meros aislados individuales y/o socialmente insignificantes en una sociedad tradicional en declive, Bourdieu muestra que el trabajo "... no es sólo un medio de ganarse la vida y asegurar la subsistencia de la familia: la propia vida profesional, con sus ritmos temporales y espaciales, las disciplinas y regularidades que impone, constituye el marco de la existencia individual". Añade: "Como el equilibrio emocional, el sistema de marcos temporales y espaciales en los que se desenvuelve la vida no puede formarse sin los parámetros del trabajo regular. Toda la vida se deja a la incoherencia" (Bourdieu *et al.*, 1964: 355-356) . En este sentido, incluso llega a demostrar empíricamente la existencia de una correspondencia entre los asalariados, las condiciones de vida y el proceso de racionalización: las condiciones de empleo estable y progresivo, el trabajo libre y cualificado y la remuneración -adecuada o incluso buena contribuyen efectivamente a las diversas formas de racionalización de los valores éticos, que se caracteriza por dos niveles principales: argumenta que :

[...] el análisis de datos estadísticos sobre comportamientos, actitudes y opiniones nos permite discernir varios tipos de actitudes económicas, asociadas a diferentes condiciones

materiales de existencia. El empleo permanente y los ingresos regulares dan acceso a lo que se puede llamar el nivel de seguridad: entre las personas con ingresos entre 400 y 600 francos, el fin de la actividad económica sigue satisfaciendo las necesidades, y el comportamiento obedece al principio de maximizar la seguridad (Pierre Bourdieu, "La société traditionnelle : attitude à l'égard du temps et conduite économique", en Bourdieu, 2008: 96-97).

Este primer nivel corresponde entonces menos a una actitud prospectiva que a un efecto de histéresis de situaciones anteriores marcadas por el no empleo. Es necesario alcanzar un nivel socioeconómico más alto para liberarse finalmente de las garras de la vida cotidiana. Este "umbral empresarial", que Bourdieu fija en "800 nuevos francos" por hogar, "[...] coincide con un cambio global de comportamientos y actitudes, la racionalización del comportamiento que tiende a extenderse a la economía doméstica, el lugar de la última resistencia. Los comportamientos tienden a componer un sistema organizado según un futuro abstracto, aprehendido y controlado por la predicción y el cálculo" (Ídem: 96-97). Pero, al ofrecer tanto las condiciones como las herramientas del *ethos* racionalista, el trabajo asalariado no solo autoriza la organización de la vida individual o familiar. Porque, mientras que el desempleo condena a los sub-proletarios a la incapacidad reflexiva y, por tanto, a la incompetencia política, la estabilidad del empleo y de los ingresos, por otra parte, permite la formación de una "conciencia temporal abierta y racional", la única forma de comprometerse en las luchas políticas, incluidas las más revolucionarias, gracias a las condiciones de existencia y "[...] porque han podido adquirir, en su vida profesional, una actitud progresista y racional" (Bourdieu, 1964: 311-312). De hecho, "[...] solo los individuos que tienen un sistema coherente de aspiraciones y exigencias, capaces de situarse en la lógica del cálculo y de la previsión... pueden captar su existencia de manera sistemática y realista en referencia a un futuro colectivo, y aceptar deliberadamente los sacrificios o renuncias solidarias con cualquier acción revolucionaria" (Ídem: 311-312). Bourdieu va aún más lejos: atribuye virtudes inesperadas a la organización del trabajo afirmando que conduce a formas avanzadas de discernimiento político. Bourdieu concluye que, "acostumbrados a someterse a exigencias racionales y propensos al realismo por la



propia naturaleza de sus actividades cotidianas [...] los proletarios son, de todos los trabajadores, los menos accesibles a las seducciones de la demagogia" (Ídem: 386-387).

Por la primacía de esta investigación, de quien la realiza y del contexto muy particular en el que se lleva a cabo, uno estaría entonces tentado a cometer un nuevo error circunscribiendo este análisis solamente a la era argelina de Bourdieu. Este riesgo de sesgo se ve agravado por el hecho de que su trabajo se reduce generalmente a los objetos más visibles de su obra, como la escuela o la cultura.

Sin embargo, la revisión de sus principales obras muestra que la centralidad del interés del sociólogo en el empleo asalariado se mantiene constante. A principios de los años ochenta, Bourdieu hizo traducir y publicar a los desempleados del Marienthal de Lazarsfeld (Lazarzfeld, Jahoda y Zeisel, 1981). Casi veinte años después de la publicación de *Travail et travailleurs en Algérie*, esta publicación atestigua no solo su constante preocupación por este tema, sino también el papel esencial que asigna al trabajo en nuestra sociedad. Con el sentido de la fórmula que lo caracteriza, nos recuerda que, al perder sus empleos, "los desempleados han perdido las miles de cosas en las que la función socialmente conocida y reconocida, es decir, todos los propósitos establecidos de antemano, se lleva a cabo y manifiesta concretamente, sin ningún proyecto consciente, en forma de necesidades y emergencias –citas "importantes", trabajos a entregar, cheques a enviar, presupuestos a preparar– y todo el futuro ya dado en el presente inmediato, en forma de plazos, fechas y horarios a respetar, autobuses a tomar, cadencias a mantener, trabajos a realizar-" (Pierre Bourdieu, "Préface", en Lazarzfeld, Jahoda y Zeisel, 1981, pp. 9-10).

Aislados, estos millares de cositas parecen anecdóticos, mientras que su unidad determina un "universo objetivo de incentivos e indicaciones que orientan y estimulan la acción y, por lo tanto, el conjunto de la vida social" (Ídem: 9-10). A partir de ahí, se entiende que, tan pronto como el trabajo deja de ejercer esta influencia, el trabajador sufre una gran desestabilización que, en Bourdieu, provoca la sumersión del tiempo vacío. Porque si la inactividad conduce a la exclusión y a la angustia,

[...] el trabajo es la base, si no el principio, de la mayoría de los intereses, expectativas, demandas, esperanzas e inversiones en el presente (y en el futuro o pasado que implica), En definitiva, uno de los grandes cimientos de la ilusión como compromiso con el juego de la vida, en el presente, como presencia en el juego, por lo tanto en el presente y en el futuro, como inversión primordial –que la sabiduría siempre ha enseñado identificando el desgarrador alejamiento del tiempo y el desgarrador arrancamiento del mundo hace tiempo–, *es el tiempo mismo*” (Ídem : 10-11),

Por lo tanto, el tiempo es una relación social y los asalariados son los factores determinantes en esta relación. Sin trabajo, el individuo es "poseído" por el tiempo. Al condicionar su participación "en el juego de la vida", su presencia permite revertir esta relación, manteniendo el tiempo.

Esta asociación entre el tiempo, la ganancia salarial y la existencia social adquiere entonces un significado particular cuando se vuelve a situar –y se restaura– en todo el sistema conceptual del sociólogo. Cuando Bourdieu publicó sus *Méditations pascaliennes* a finales de los años 90, fueron un punto decisivo en este último intento de explicar su sociología. En un libro bajo la crítica a la "razón escolástica" y la afirmación consustancial de los principios de *habitus*, el trabajo asalariado adquiere un estatus especial, tanto más cuanto que sigue apareciendo como una de las pocas instituciones susceptibles de "arrebatar" a los agentes de las contingencias sociales y, en este sentido, abrir un horizonte de posibilidades. Si bien muestra que, a diferencia de la ilusión intelectualista del sujeto, las elecciones y proyectos que se solidarizan con él, la acción de los agentes es ininteligible ya que se resta de sus condiciones de vida, de las que es producto, el trabajo es en realidad la base elemental de todo *sentido práctico*. En un orden social donde "la adaptación a las exigencias tácitas del cosmos económico es accesible solo a quienes poseen un mínimo de capital económico y cultural, es decir, un mínimo de poder sobre los mecanismos que deben controlar" (Bourdieu, 1997:322), a través de las condiciones socioeconómicas que permite y las regularidades temporales que impone, el trabajo autoriza un desprendimiento del presente en beneficio de una mirada al futuro. En comparación con estos tiempos casi

libres de las posiciones escolásticas o con el tiempo cancelado de los sub-proletarios, Bourdieu indica que experiencias tan diferentes como la del trabajador, el pequeño funcionario, el mozo del café, el cuadro sobrecargado de trabajo, tienen algo en común: presuponen, además de las condiciones generales ya mencionadas, como la existencia de tendencias constantes en el orden económico y social en las que se inserta y en las que se puede confiar, condiciones especiales, tales como tener un empleo estable y ocupar una posición social que implique un futuro seguro, posiblemente una carrera como trayectoria predecible” (Ídem: 323-324).

Desde entonces, si el vocabulario ha cambiado un poco, los primeros análisis de Bourdieu de los sub-proletarios argelinos se han convertido en una ley sociológica de las condiciones de la acción "racional". Bourdieu agrega que :

Este conjunto de seguridades, fianzas y garantías, que se esconden de la vista por sus efectos, son condición para la constitución de esta relación estable y ordenada en el futuro, que es el principio de todas las condiciones denominadas "razonables", incluido el orden establecido. *La posesión de los seguros mínimos relativos al presente y futuro, que se registran en el hecho de tener un empleo permanente, y los seguros asociados es, de hecho, lo que confiere a los agentes las disposiciones necesarias para afrontar activamente el futuro, ya sea entrando en el juego con aspiraciones más o menos ajustadas a sus posibilidades, o intentando controlarlo, a escala individual, por un plan de vida, o, a escala colectiva, por un proyecto reformista o revolucionario, fundamentalmente diferente de un estallido de revuelta milenaria* (Ídem: 324. Itálicas nuestras).

En el capítulo conclusivo de una obra sociológica, pero con reivindicaciones filosóficas, cuyo propósito no es menos que sustituir la definición "científica" de la acción del hombre por error escolástico, sobre todo existencialista, el papel que Bourdieu asigna al trabajo ilumina más que un simple posicionamiento teórico: reafirmando, después de cuarenta años de carrera, que el trabajo permite "las disposiciones necesarias para afrontar activamente el futuro", Bourdieu ofrece en efecto las posibilidades de una "conversión" teórica en su aparato conceptual: porque, si bien sus análisis del desempleo, sobre todo en términos de

desposesión radical e impotencia política, revelan las dimensiones más conocidas y criticadas de su obra, ahora sabemos que su obra se limita a aquellos aspectos determinista y miserable. Aun mejor, evitando "torcer el palo en la otra dirección", sabemos que la comprensión y el uso de los propios pensamientos, y por lo tanto la comprensión del mundo social, deben contar a partir de ahora con un nuevo objeto y herramienta: el trabajo.

## **Bibliografía**

Barthe, Yannick *et al.* (2013), « Sociologie pragmatique : mode d'emploi ». *Politix*, 3, N° 103, pp. 175-204.

Boltanski, Luc (2009), *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*. París, Gallimard, NRF Essais.

Boltanski, Luc y Laurent Thevenot (1991), *De la justification. Les économies de la grandeur*. París, Gallimard.

Bourdieu, Pierre (1980), *Le sens pratique*. París, Minuit.

----- (1994), *Raisons pratiques*. París, Le Seuil.

----- (1996), "La double vérité du travail." En Pierre Bourdieu (dir.), "Les nouvelles formes de domination au travail". *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 114, septembre, pp. 89-90.

----- (1997), *Méditations pascaliennes*. París, Liber.

----- (1998), *La domination masculine*. París, Liber.

.

Bourdieu, Pierre (dir.) (1993), *La misère du monde*. París, Le Seuil.

Bourdieu, Pierre (coordinado por Yacine T.) (2008), *Esquisses Algériennes*. París, Le Seuil

Bourdieu, Pierre, Alain. Darbel, Jean-Paul Rivet, Claude. Seibel (1963), *Travail et travailleurs en Algérie*, Mouton. Paris, Mouton.

Certeau de, Michel (1990), *L'invention du quotidien*. París, Folio. Essais.

- Grignon Claude y Jean-Claude Passeron (1989), *Le savant et le populaire, misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Paris, Gallimard.
- Heinich, Nathalie (2007), *Pourquoi Bourdieu*. Paris, Gallimard.
- Hély, Matthieu y Pascale Moulévrier (2013), *L'économie sociale et solidaire, de l'utopie aux pratiques*. Paris, La Dispute.
- Hély, Matthieu (2009), *Les métamorphoses du monde associatif*. Paris, PUF. Coll. « Le lien social ».
- Joly, Marc (2018), *Pour Bourdieu*. Paris, CNRS éditions.
- Lapeyronnie, Didier (2004), "L'académisme radical ou le monologue sociologique. Avec qui parlent les sociologues?". *Revue Française de Sociologie*, 45-4, pp. 621-661.
- Lazarsfeld Paul, Marie Jahoda et Hans Zeisel (1981), *Les chômeurs de Marienthal*. Paris, Minuit.
- Mauger, Gérard (2005), *Rencontres avec Pierre Bourdieu*. Paris, Ed. Le Croquant.
- Simonet, Maud (2010), *Le travail Bénévole, engagement citoyen ou travail gratuit ?* Paris, La Dispute.